

#### IV

##### EL HONOR Y LA LEGION DE HONOR.

El sacrificio humano.—Por qué no habló Wilson.—El tráfico de las cruces.—Lo que pensó Lockroy del mercader de lustre y su resultado.—Los escrúpulos de Dautresme.—El consejo de la Legión de honor.—El caso de Erlanger y de Gagnon.—Los que se condecoran y los que no.—El llamado Chourier.

En todas partes se encuentra el *Eidolon*, el ídolo mentiroso. A veces, sin embargo, se presenta el Simulacro tan gastado, tan comido por los gusanos, tan envejecido, tan agujereado, que parece no quedar más remedio que echarlo al fuego. Entonces todos aquellos á quienes sirve el ídolo apelan á los grandes recursos y se deciden á un sacrificio humano...

De este modo se sacrificó á un inglés llamado Daniel Wilson. Traficaba este inglés con la cruz de honor, absolutamente como todos los hombres políticos actuales, pero hacía más negocios que ellos, y el éxito se explica fácilmente. Además del sitio particularmente favorable que ocupaba su almacén, aportaba Wilson á su comercio las cualidades distintivas de su raza: el orden, la formalidad, la regularidad en las entregas. ¿Se necesita más para hacer comprender que su tienda estuvo mejor acreditada que la de sus pequeños camaradas? Era necesario que la opinión pública se mostrara indignada y que se hiciera un ejemplar. Wilson debió resignarse.

Es un episodio muy interesante, y, en una palabra, muy oscuro. ¿Por qué no se defendió este hombre? En sus 22,000 expedientes tenía el secreto de todas las infamias contemporáneas; no ha respondido ni una sola vez; le han atacado personas á quienes hubiera podido perder con una palabra y no lo hizo. Llega un día uno de mis amigos á casa de una mujer que desempeña en la política el papel de heroína de *Bel Ami*; la encuentra llorando: «¡Ah! ¡qué desgracia! X..... está perdido. ¡Wilson va á hablar!»

Wilson no ha hablado jamás. Algunas personas que le conocen atribuyen ese mutismo á una especie de sentimiento del deber profesional que existe entre las intercesoras (alcahuetas). Algunas de estas criaturas se presentan en juicio delante de magistrados que pocos días antes estuvieron en sus casas; se dejan tratar como miserables y no protestan. Solo una, en una ciudad de provincia, careció de discreción y la reprendieron sus colegas.....

El presidente había tomado el manubrio de su órgano de los días solemnes para decir á la acusada:

—Mujer X..... la Justicia necesita algunos pormenores para reconstituir, en su triste verdad, las escenas de vergonzoso libertinaje que han tenido lugar en vuestro domicilio. Parece que la pieza principal se hallaba en el primer piso; ¿dónde estaba la cama?

—Vamos, Emilio, exclamó la desdichada, bien sabes tú que la cama está á la derecha.....

Wilson habría obedecido á un sentimiento análogo. A uno que, por casualidad, había abierto uno de los 22,000 expedientes y le preguntaba por qué no se servía de los documentos que poseía, le contestó: «No lo haré, á fe mía. Han confiado en mí, y no quiero que deban arrepentirse.»

Quizás también, en cambio de la reserva prometida por Wilson, se ha guardado silencio acerca de actos mucho más

graves y se habrá convenido que no se insistiría sino sobre ciertos hechos y que se garantizaba la absolución.

En efecto, no debe olvidarse que la vida presente se aparecerá á los historiadores venideros bajo un aspecto absolutamente diferente del que tiene ahora. Esta vida que, gracias á los periódicos y á las Cámaras, parece deslizarse en la plaza pública, es realmente misteriosa como la de la Venecia de antiguos tiempos.

Mientras que á las once de la noche se detienen transeúntes en la calle de Santa Ana, á dos pasos del boulevard, un director de la seguridad emplea tranquilamente los fondos secretos en organizar en Inglaterra una expedición de fractura-puertas para apoderarse de documentos que le interesan; paga matones para que asesinen á un periodista que posee ciertos papeles.

En otra ocasión secuestran de improviso al baron de Seilliére. Todos los médicos declaran que pertenece á la clase de los locos peligrosos y que así que esté en libertad cometerá un crimen; se le libra sin saberse por qué, como se le encerró sin ningun motivo, y se va tan tranquilo.

Digamos que esto parece haber juzgado á la administración francesa con una inteligencia que no se hubiera supuesto en un hombre tan completamente loco; tan luego estuvo libre desapareció sin pedir su remanente, aparentando decir, según el refrán: «Ya volveré aquí la semana de los tres jueves.»

A los pocos meses, prepárase una cuadrilla para invadir el castillo de la Boissière, donde es secuestrado á su vez el comandante Hériot; fracasa el ataque y el comandante es más severamente emparedado que nunca, sin que se dé ninguna explicación acerca de estos raros hechos.

Poco antes, el hijo de un funcionario de la Cámara de los diputados se había puesto á desbalijar los aposentos. Intro-

dújose de este modo, fracturando las puertas, en casa del vizconde Favières, en casa del conde de Lambelle, en casa de la vizcondesa de Ballu y no dió cuartel á la joyería y halajas. Todo el mundo sabe el nombre del que comete estos delitos. El periódico el *Siglo XIX* lo señala muy claramente.

De seis meses acá, dice el *Siglo XIX*, se han cometido numerosos robos con extraordinaria audacia en diferentes palacios particulares de los Campos Eliseos, del barrio Saint-Germain, de los cuarteles de la Madeleine, de Europa y de la Plaine-Monceaux.

Parece cierto, además, que el autor de esos robos lleva el mismo nombre y es el pariente cercano del jefe del despacho del señor ministro del Interior, cuyo jefe de despacho es el íntimo amigo y protector del señor Levillant, director de la Seguridad general (1).

El jefe del despacho no persigue al periódico que le acusa así de poner trabas á la acción de la justicia; no es tampoco detenido el desbalijador de aposentos; continua dejándose ver con prostitutas en los cafés del boulevard, y todo acaba por arreglarse...

Robos de cartas, atentados á mano armada llevados á cabo ya por funcionarios, ya por particulares, detenciones arbitrarias, hé aquí las costumbres de fines del siglo XVI,

(1) Se escribiría un volumen acerca de la Seguridad y de los fondos secretos del tiempo de Isafas, sin más que reproducir lo que os refieren los mismos Republicanos. No contento Isafas con haber hecho nombrar á uno de sus parientes condenado dos veces por robo para un empleo de diez mil francos en el Tonkin, tenía por hombre de confianza á un antiguo aporebido por la justicia que vivía con una comadrona y estaba especialmente encargado de espíar á la policía oficial: los comisarios de policía y los polizontes.

El colmo de la inepticia está en ciertos diputados conservadores que votan imperturbablemente el sostenimiento de los fondos secretos de este modo empleados.

pero siempre con señores graves, que se sostienen en el fondo de decoro y que declaran que la arbitrariedad de otros tiempos ha cedido el puesto á instituciones tutelares...

El asunto Wilson parece haber sido una trama de este género. La multitud bobalicona no ha visto en él más que fuego: ha visto que los periódicos se declaraban de golpe en guerra contra Grevy y se ha dicho: «¡Los periódicos si que son honrados!» lo mismo que al ver á todos los periódicos declarando que es necesario á toda costa votar á favor del Panamá, se ha dicho: «¡Qué patriotas son los periódicos!»

La verdad es que desde muchos años todos sabemos los baturrillos de Grevy y de Wilson. Hace cuatro años, nuestro cofrade Simon Boubée fué condenado á tres meses de cárcel por haber censurado estos escándalos y el abogado general Bernard aprovechó la ocasion para llamar al escritor «maton literario.»

La prensa republicana no chistaba entonces. Organizóse la leva en masa, en nombre de la Virtud ultrajada, con los procedimientos empleados para anunciar un negocio rentista. Hubo en ello una conjuracion tramada por Ferry y Bismarck. La mujer de un empleado superior de marina que, gracias á un concurso de raras circunstancias, estuvo encargada de una comision en Berlin y vió al príncipe de Bismarck, me dió muy curiosos pormenores sobre esto. Bismarck, entonces, queria á toda costa tener á Ferry en la Presidencia.

Ya tenemos dicho que el tráfico de cruces, es habitual á los Republicanos sin acepcion de partido.

Ni un elector de Clemenceau, cualquiera que fuese su estado de depresion intelectual y moral, no me sostendria seriamente que M. de Freycinet se haya dicho el mejor dia: «Existe un judio hávaro llamado Cornelio Herz, quien, hace

cinco años, llegó de Chicago, sin un céntimo, donde le habian ido mal los negocios; el mérito del tal sugeto es tan brillante que voy á nombrarle gran oficial de la Legion de honor.»

Esta cruz fué pagada y antes manifesté en cambio de cuáles servicios de dinero fué otorgada (1).

Por otra parte, cuando los Radicales han querido aplastar á los Oportunistas bajo el peso de sus crímenes, los Oportunistas han respondido: «Vuesta indignacion, ó Radicales, es generosa y os honra; pero, al fin, *suum cuique*, nosotros tenemos nuestros condecorados y vosotros teneis los vuestros; guárdese cada cual sus condecorados.»

De este modo el del lustre fué restituido á Lockroy.

Creyendo los Radicales que el del lustre habia sido condecorado por Dautresme, se irritaron. «Nuevo escándalo! ¡La cinta gloriosa!»

«¿Dónde vamos?»

—¡Alto ahí! les replicó Dautresme, yo no condecoré al hombre del lustre, sino Simon, llamado Lockroy. Por lo que á mi toca, neguéme obstinadamente á firmar su nombramiento.

Descubrióse entonces la verdad. La virtud del nuevo caballero brillaba menos que su lustre.

Primeramente habia sido condenado á 200 francos de multa por falsificacion, despues á treinta multas por infraccion de la ley acerca del trabajo de los niños en las fábricas.

Ante semejantes títulos de recomendacion, el favorito de Lockroy parecia tener más necesidad de una legía que de una recompensa honorífica y Bobéche debiera haber com-

(1) Véase el libro VII, donde están los pormenores acerca la condecoracion de Cornelio Herz.

prendido que lo que necesitaba su protegido no era la Legion de honor, sino el Baño.....

Bobèche no pensó así. Había hecho su carrera introduciéndose en la familia de Victor Hugo, que celebró á los niños en versos siempre paternales y conmovidos; parecióle muy cómico poner la estrella del honor en el pecho del hombre que había explotado la infancia pobre. Gracias á nuestro Turlupin, el encerador pasó á ser caballero de la Legion de honor como si hubiese peleado al lado de Courbet y Negrier.

Esta revelacion enfrió el ardor de los Radicales, quienes, despues de haber reclamado una celda en Mazas para Wilson, culpable de haber traficado condecoraciones, no pidieron otra para Lockroy.....

El Siglo XIX se guardó asimismo de publicar extensamente la carta del encerador que certificaba que él había sido condecorado no por Dautresme sino por Lockroy.....

Digamos tambien que Dautresme, tan severo para con el caballero del lustre, había él mismo sido condenado también á un mes de cárcel por golpes y heridas en muy bajas condiciones.

Teneis aquí un ministro al frente de una oficina judicial y haciéndose el desdeñoso á propósito de los antecedentes de ese fabricante de un producto, útil por otra parte, abrumado tambien por las multas. La desvergüenza de esos hombres es enorme.

En todo esto conmueve el fin del Simulacro adorado en serio antiguamente por corazones tan nobles y tan valientes.

El granadero de Napoleon se había dado enteramente al país; no había conocido ni la alegría de tener un hogar suyo, hijos, ni la dicha siquiera de ver otra vez su campo, su pueblo, abrazar á sus ancianos padres; rotas las piernas por alguna bala, estaba próximo á expirar en el fondo de una

region desconocida, en Eylau en Smolensk. Llegaba súbitamente el Emperador, pegaba la cruz en el uniforme negro de pólvora, el soldado gritaba: «¡Viva el Emperador!» y moría en éxtasis mirando la cruz...

Los pícaros que nos gobiernan han encontrado el medio de hacer de ella una mercancía... y se acabó. Es una poesía muerta, un Idolo caído en el lodo y que no se conseguirá hacerle sostener en pié.

Siento que entre los miembros de la derecha, muchos de los cuales han ganado noblemente su cruz, no se haya encontrado uno solo de ellos para engrandecer la cuestion, para decir sendas verdades que el país comprendia debian decirse y que hubiera querido oír (1).

¡Qué ocasion más magnífica, sin embargo, para dar digno juego al famoso discurso del general Foy acerca de la Le-

(1) Solo hasta mucho más adelante, en la sesion del 10 de marzo de 1888, en el momento de la discusion del presupuesto, M. le Provost de Launay, y aun con muchos miramientos, aludió en la tribuna al nombramiento de Cornelio Herz.

Esas cruces, concedidas á los extranjeros, dijo, se dan á menudo de una manera muy inoportuna. No citaré ningún nombre; me contentaré con dar las etapas suministradas por un elevado dignatario que no pertenece á la Legion de honor.

Trátase de un extranjero que no ha prestado ningún servicio á nuestro país. Es un banquero, y vino á Francia á ocuparse en negocios. En 1878 recibió primero las palmas de oficial de Academia, despues fué nombrado caballero de la Legion de honor en 1879, oficial en 1881, comendador en 1883, gran oficial en 1886. (Exclamaciones é interrupciones).

EL SR. CORONEL BARON DE PLAZANET. — ¿Dónde se detendrá?

En la derecha. ¡Decid su nombre!

En la izquierda. ¡Nombradle!

M. PABLO DE CASSAGNAC. Es M. Cornelio Herz.

Muchos periódicos no mencionaron siquiera este incidente; la mayor parte no citaron el nombre de Cornelio Herz. Comparad este silencio, guardado respecto de un judío, con la especie de furor con que todos los periódicos reproducian los pormenores más insignificantes relativos á las condecoraciones de Wilson, y comprendereis de cada vez más que á la Prensa la guían fuerzas invisibles. No veis sino el movimiento exterior pero no se os alcanzan las causas determinantes.

gion de honor, el preguntar al ministro de la guerra, que tiene á sus órdenes al gran canciller, qué entiende él por honor!

Puede graduarse en qué estado se encuentra una nacion por el sentimiento que tenga del honor. No es el honor la simple y estricta honradez, es algo más, es lo supérfluo, el refinamiento, en cierto modo, de la virtud cívica y militar, la flor brillante del Deber.

¿Qué piensa acerca de estas cuestiones el Consejo de la Legion de honor, cuyo papel ha quedado tan deslucido en medio de recientes incidentes?

Al lado de un renegado como Renan, que no debe tener el puntillo de honor muy escrupuloso, se ven generales: el general Frébault, el general Lecoinge, el general Lallemand.

El Consejo tiene un poder disciplinario; retira el derecho de llevar las insignias de la orden durante un tiempo más ó menos largo, á legionarios no castigados por la ley, lo que implica que da cierto valor á la dignidad personal del que recibe la cruz.

¿En qué circunstancia retira el derecho de llevar la cruz? Por un escándalo, por ejemplo: á un viejo valenton se le habrá subido la mosca á la nariz, se habrá comprometido en una riña, se dirá que deshonor la cinta.

Hé aquí ahora M. Erlanger. Ha sido absuelto, pero no pudo librarse de las consideraciones que equivalen á una condena moral; el tribunal debió reconocer que habia empleado los procedimientos más censurables para robar el dinero del prójimo.

A los generales que forman parte del Consejo de la orden de la Legion de honor ¿les parece que ese pirata rentista es digno de llevar el lazo de oficial, que es la recompensa suprema de tantos valientes soldados?

Desearíase saber acerca de esto el parecer de los jefes del ejército.

Es verdad que el general Lallemand ha dejado adivinar lo que él sentia ante todas estas vergüenzas; descorazonado, hizo dimision y partió; pero el general Charreyron entró y todos los que le estiman tendrian á dicha saber qué piensa del caso de Erlanger y del caso de Gagnon.

El de este no se presta á equívocos. El decreto de no há lugar dice, con todas sus letras, al antiguo prefecto de policía que él, funcionario público, está convicto de haber desviado un depósito confiado á su honor, «de haber arbitrariamente dispuesto de cartas cogidas y buscado disimular la desaparicion de estas cartas sustituyéndolas por otras nuevas.»

Merced á un concurso de circunstancias excepcionales se reveló ese desvío particular, pero desde que vivimos bajo el régimen actual han sucedido innumerables hechos de este género (1).

Es preciso haber tenido, como yo, ocasion de seguir las audiencias para saber la acogida que daría el presidente á un acusado ordinario que intentara quejarse de un atentado de este género.

(1) En la *France Juive* he citado, con pruebas en su apoyo, la treta imaginada por un comisario de policía para perder á un sacerdote cuya gran virtud molestaba á los francmasones. Interrogaba á los testigos, les dejaba declarar libremente, después les hacia firmar al pié de una hoja blanca en la que ponía todo lo contrario de lo que habian dicho.

En la causa seguida contra otro sacerdote, el presbítero Mulot, Anquetil, procurador entonces de la República en Amiens, habia hecho desaparecer del expediente el dictámen del juez de paz que absolvía absolutamente al acusado. Por casualidad, gracias á la declaracion de un testigo, se supo que habia allí un dictámen. Indignado el auditorio protestó contra la conducta del procurador de la República, y el presidente, muy honradamente, mandó que se produjera la informacion y se encontró allí la prueba de que no tenia el menor fundamento una de las más pérdidas insinuaciones dirigidas contra el presbítero Mulot.

Al cabo de poco tiempo, añade el *Soleil*, la ley de depuracion permitia destituir á M. Delepouve, el honrado presidente del tribunal de Amiens. Al contrario, M. Anquetil recibia el ascenso: se le nombró juez en París.

—Acusado, no agraveis vuestra situación por ese sistema de defensa inverosímil.

—Pero, señor presidente, os aseguro.....

—Basta..... respetad á los funcionarios escogidos por el gobierno. Lo que decís es inadmisibile...

No sé donde encuentran estos hombres de toga estos tonos que toman para decir semejantes palabras. Es bronco y duro con un no sé qué irónico y groseramente acre. En mi casa, para distraer á mis amigos, he intentado remedarlo y nunca he sabido hacerlo.

El hombre que está convencido de tales actos ha podido librarse de un castigo efectivo, merced á influencias que cada cual sabe; pero no por esto deja de tener la nota de infamia; está deshonrado.....

No hallaría á nadie para batirse en desafío con él; ni siquiera hallaría testigos, á no escoger en su antiguo personal, hombres que, al pedirseles su tarjeta para anunciarles, hicieran pasar tarjetas de agentes de las costumbres.

En semejantes condiciones se comprende que al día siguiente del decreto bochornoso, los generales que forman parte del Consejo de la órden no hayan acordado por aclamación borrar á Gragnon de las listas de la Legion de honor.

Desde el momento en que la cruz no es ya una señal del honor, desde el momento en que puede ostentarse en el pecho de un hombre que ha faltado manifiestamente al honor, ya no tiene razón de sér, y la misma condecoracion que llevan el general Lecointe, el general Charreyron y los demás miembros del Consejo de la órden no es sino una inútil y vana hojalateria, ya que esos caballeritos admiten que puedan llevarla personas declaradas bribonas por un fallo público.

¡Ah! ¡sí! hubiérase podido pronunciar un conmovedor discurso acerca de la Legion de honor y la rara manera con que funciona ese Consejo que no aconseja jamás.

¡Qué sorprendente contraste pudiera presentarse entre los condecorados y los que no lo son!

Leisteis en el *Figaro* (1) un artículo de Grisson acerca del llamado Chourier?

Ese Luis Chourier, hijo de aldeano, agregado al servicio de correos, realizó durante la guerra verdaderos actos de heroísmo certificados por los jefes de cuerpo que fueron testigos de ellos.

Me consta, escribe el general Pajol, y me complazco en hacerle justicia, que el llamado Luis Chourier, empleado en correos y destacado del cuartel imperial, durante los primeros días de la campaña, ha prestado los más señalados servicios, exponiéndose varias veces á caer prisionero.

Encargado de llevar partes al jefe del 5.º cuerpo, en Beaumont, lo hizo con peligro de su vida, por estar entonces este cuerpo muy comprometido.

Asimismo en Sedan, ayudó á salvar la caja del primer cuerpo, abandonado en el camino abierto de Givonne y, ayudado de algunos cazadores, la llevó á la sub-prefectura.

El 1.º de setiembre, en lo más recio de la batalla, y obligado á cruzar las líneas enemigas, llevó partes al general Vinoy, que le prescribían tomar las precauciones necesarias para no dejarse envolver.

El llamado Chourier desempeñó estos distintos encargos exponiendo su vida.

Por esto le doy este certificado, indicando cuál fué su valor y su abnegacion en cumplir sus deberes.

“El edecan de servicio el día de la batalla de Sedan,

General V. PAJOL.

De regreso Chourier á Paris con el cuerpo de Vinoy, se sacrifica todavia; intenta una operacion juzgada imposible: atravesar las líneas prusianas, y lo consiguió cuatro veces;

(1) *Figaro*, 13 julio 1887.

para esto, necesita pasar cinco veces el Sena y dos el Marne á nado, en pleno invierno, bajo el fuego de los centinelas, cuyas balas no evita sino permaneciendo casi constantemente debajo del agua helada.

Todos estos hechos están certificados de la manera más auténtica. El general Schmitz declara «que Chourier ha estado empleado en los cargos más peligrosos para llevar partes y noticias al exterior y que no ha recibido por ello ninguna gratificación en dinero.»

El general Cholleton, que estaba en Gennevilliers, declara que Chourier «le ha informado muy exactamente de lo que hacían los prusianos en Houilles, Bezons, Colombes, Chaton, etc. Gracias á él, se han evitado muchas sorpresas.»

En efecto, dice el *Figaro*, Chourier, cuando regresaba de provincias, cruzando las líneas alemanas, no se limitaba á traer los partes que se le encargaban. Examinaba, escuchaba é iba á exponer al gobierno de la Defensa nacional el fruto de sus observaciones.

No hacía esto sin peligro. Cartas del alcalde de Houilles, del de Triel, de concejales de Carrières-Saint-Denis, de Poissy, etc., nos hacen saber que los alemanes le hicieron tres veces prisionero de guerra y le condenaron á muerte como espía. No debió su salvación sino á la abnegación de algunos patriotas que, después de haber comprado ó achispado á sus guardias, le disfrazaban, le cortaban los cabellos ó la barba, le *embadurnaban*, en una palabra, y conseguían hacerle buir. El alcalde de un pueblo de los alrededores de París es condecorado por haber hecho evadir á Chourier, cuyos partes tenían excepcional importancia.

El desdichado Chourier no ha recibido absolutamente ninguna recompensa por todos estos servicios. No solamente no ha sido condecorado, pero ni ha obtenido el más modesto empleo. Los documentos que él había enviado estuvieron siete años en la Cancillería, sin que nadie se dignara

examinarlos. ¡Cuán bien hace comprender esto la incuria, la indiferencia de toda esta sociedad! Ni un oficial siquiera se ha tomado la molestia de hojear el expediente, ninguno fué á decirle al ministro cuando condecoró á Herz:

—Vamos, mi general, aquí hay un valiente francés cien veces más merecedor de la cruz que ese judío alemán americanizado. ¡Condecorad á Chourier!

Chourier no será jamás condecorado (1), Erlanger será nombrado Comendador; se continuará dando palmas de oficiales de Academia á queridas de hombres políticos que antiguamente se cotizaban á diez duros en los cuadros de las matronas de París. Después, de vez en cuando, al ser sindicados los periódicos en un interés cualquiera, veréis estallar lo que se llama «un movimiento de indignación:» la cruz de los bravos, el honor, mi honor, su honor, su honor...

(1) En la última guerra se tomaron solamente dos banderas prusianas: tomó una el subteniente Cheval, del ejército de Metz; tomó la otra, el 23 de enero, en el combate de Pouilly, en la puerta de Dijon, un héroe obrero que, después de haber servido en los zuavos pontificios, se había alistado en los franco-tiradores, al declararse la guerra. Este hombre de corazón se llama Victor Curtaz, y no ha sido condecorado.

